

se distinguió mucho el célebre dia 10 de agosto 1792. Luego le prendieron en tiempo del terror y no salió de la cárcel hasta la reaccion del 9 termidor. Despues tomó servicio é hizo las campañas de Italia con Bonaparte en calidad de ayudante general. El año 1800 estuvo empleado en el ejército de reserva que pasó á Italia atravesando el monte de San Bernardo, y tuvo algun tiempo el mando de Milan. Poco despues fué elevado al grado de general de division y nombrado comandante de la guardia consular. El 22 floreal 1804 presidió la comision militar que condenó á muerte en Vincennes al Duque de Enghien. Posteriormente mandó en Viena y fué gobernador de Paris.

PAGINA 182.

41 Jacobo, duque de Aumont, reusó en efecto el mando en gefe de la guardia nacional, y en consecuencia se eligió al marques de la Selle y despues á Lafayette. Pero no por eso dejó de mandar la vanguardia del ejército parisiense que, bajo la direccion de este último, fué á buscar al rey á Versailles. En 1791 fué á servir en calidad de mariscal de campo en la 11.^a division que se formó de los departamentos de la Gironda, las Landas y los bajos pirineos. Tambien mandó el batallon nacional de la guardia del rey en la época del 20 de junio 1791, y queriendo el pueblo hacerle responsable de la fuga del monarca, le condujo arrestado á la casa de la ciudad, despues de haberle maltratado mucho; pero por medio de su amigo d'Aiguillon pudo hacer pasar una carta á la asamblea, que contenia su juramento á la constitucion y su pleito homenaje á la asamblea, con lo que le pusieron en libertad. En el mes de julio siguiente pasó á Lille con el título de teniente general. Despues volvió á Paris donde murió en 1799.

CAPITULO III.

Ocupaciones de la municipalidad de Paris.— Nombramiento de Lafayette para comandante de la guardia nacional.— Su carácter.— Papel que desempeñó en la revolucion.— Asesinato de Foulon y de Berthier.— Vuelve Necker.— Situacion y division de los partidos y de sus gefes.— Mirabeau, su carácter, sus proyectos y su genio.— Bandidos.— Alborotos en las provincias.— Noche del 4 de agosto.— Abolicion de los derechos feudales y de todos los privilegios.— Declaracion de los derechos del hombre.— Discusion sobre la constitucion y sobre el *veto*.— Agitaciones en Paris.— Reuniones tumultuosas en el palacio real.

Mientras tanto, todo era agitacion en el seno de la capital, donde acababa de establecerse una nueva autoridad, y el mismo movimiento que habia puesto en accion á los electores animaba á todas las clases para hacer otro tanto. El ayuntamiento no habia hecho mas que imitar á la asamblea, los distritos al ayuntamiento y todas las corporaciones á los distritos. A pesar de las órde-

nes repetidas de la municipalidad se reunian los sastres, los zapateros, los panaderos, los sirvientes etc. en el Louvre, en la plaza de Luis XV, en los campos Eliseos, y deliberaban en forma. En medio de estos movimientos contrarios la municipalidad rezelosa de los distritos é inquieta por lo que pasaba en el palacio real, se hallaba rodeada de obstáculos y apenas podia dar abasto á las atenciones de su inmensa administracion. En ella sola residia la autoridad civil, judicial y militar. Allí se habia establecido tambien el cuartel general de la milicia urbana, y en los primeros momentos los tribunales ordinarios, dudando de cuales eran sus atribuciones, la remitian los acusados. Tambien reunia el poder legislativo, pues que tenia el encargo de dictar su propia constitucion. Para este efecto, habia pedido Bailly á cada distrito dos comisarios, á quienes bajo el nombre de representantes de la municipalidad, se encargó el reglamento de la tal constitucion. Para atender á tantos negocios, los electores se habian dividido en comisiones; la primera se intitulaba comision de indagaciones y era la que cuidaba de la policia; la segunda, llamada de subsistencias, se ocupaba en las provisiones que era la tarea mas difícil y peligrosa de todas, en términos que tuvo Bailly que ocuparse dia y noche de este asunto. Era necesario hacer continuamente compras de

trigo y mandarlo moler y llevarlo á Paris, atravesando un pais hambriento. Se necesitaban numerosas partidas de tropa para escoltar la marcha de los convois é impedir que el pueblo los saquease en el camino y hasta en los mercados.

A pesar de las pérdidas que hacia el estado en la venta del trigo para que los panaderos pudiesen bajar el precio del pan, la multitud no quedaba satisfecha; siempre pedia mayor rebaja y esto mismo contribuia á aumentar la escasez de Paris, por el aliciente que ofrecia á los aldeanos de comprarlo allí mas barato. En la ciudad todos procuraban surtirse abundantemente, temiendo no poderlo hacer el dia siguiente, y lo que iba acumulándose en manos de los unos, faltaba para los otros.

Lo único que facilita las operaciones del comercio y la justa distribucion de los géneros es la confianza; así como cuando esta falta cesa la actividad comercial, y nunca llegan los objetos á tiempo para cubrir las necesidades, estas se irritan á su vez, aumentan la confusion en proporcion de la escasez é impiden la buena distribucion de lo poco que queda. Era pues la mas penosa de todas las tareas suministrar subsistencias á Paris. Tanto Bailly como los miembros de la comision vivian en una continua inquietud, pues apenas bastaba el trabajo de veinte y cuatro horas para

las necesidades diarias, y era forzoso volver á empezar el dia siguiente en medio de las mismas zozobras.

No eran menores los apuros de Lafayette como comandante de la milicia urbana *, á la cual incorporó las guardias francesas y un cierto número de suizos y de soldados que desertaban de sus regimientos, con la esperanza de mayor paga, y esto lo hacian con autorizacion del mismo rey. Formaron estas tropas reunidas las compañías llamadas del centro, adoptando la milicia el nombre de guardia nacional, uniformándose y añadiendo á los dos colores encarnado y azul de la escarapela parisiense el color blanco, que era el color del rey. Esta fué la famosa *cucarda* tricolor, cuyo destino predijo Lafayette cuando anunció que *daria la vuelta al mundo*.

Durante dos años consecutivos se esforzó aquel general, al frente de aquellas tropas, por mantener la tranquilidad pública y hacer ejecutar las leyes decretadas diariamente por la asamblea. Habiendo nacido Lafayette de una antigua familia y conservándose puro en medio de la corrupcion de los grandes, dotado de un ánimo recto y amante de la verdadera gloria, habia mirado con des-

* Habia sido nombrado para este destino el 15 de julio en la casa de la ciudad.

den las frivolidades de la corte y de la disciplina pedantesca de nuestros ejércitos. No hallando en su propio país ninguna ocasion de ejercitar sus nobles sentimientos, intentó la empresa mas generosa del siglo, y partió para la América, á pesar de las noticias que acababan de llegar de su sumision. Combatió al lado de Washington y aseguró la libertad del nuevo mundo con la alianza de la Francia. Volvió con una reputacion europea y la corte le recibió con extraordinario aprecio, al paso que él afectaba presentarse entre los cortesanos tan sencillo y tan libre como si fuese un americano. Cuando la filosofía, que solo habia sido para los nobles ociosos un mero pasatiempo, exigió verdaderos sacrificios, Lafayette fué casi el único que persistió en sus opiniones. El solicitó la reunion de los estados generales, contribuyó poderosamente á la de los estamentos y fué nombrado en recompensa comandante general de la guardia nacional. No tenia Lafayette ni las pasiones ni el vigor que tan frecuentemente hacen que se abuse del poder, sino que era mucho mas propio por la igualdad de su carácter, por su despejo natural y sobre todo por el mas puro desinterés para desempeñar el cargo que le asignaban las circunstancias, y era el de hacer ejecutar las leyes.

Adorado de sus tropas sin haberlas conducido jamas á la victoria, y siempre tan moderado como

fértil en recursos en medio de los furores de la multitud, mantenía el orden con incansable vigilancia. Los partidos que siempre le habían hallado incorruptible, murmuraban de su poco talento ya que no podían calumniar su carácter. Sin embargo, no se equivocaban sus juicios acerca de los sucesos ni de los hombres, ni daba tampoco más valor que el que se merecían á la corte y á los gefes de partido, sino que se contentaba con protegerlos aun á costa de esponer su propia vida, pero sin concederles por eso su estimacion. En una palabra, luchaba muchas veces sin esperanza contra las facciones; pero con la constancia de un hombre que jamás debe abandonar la causa pública por más que pierda toda esperanza de salvarla.

A pesar de toda su vigilancia no siempre logró Lafayette contener el furor popular. Por activa que sea la fuerza pública, no es posible que acuda á todas partes contra un pueblo enteramente sublevado y que en cada hombre cree ver un enemigo. Corrían á cada instante y se acreditaban las voces más ridículas. Decían algunos que habían sido envenenados los soldados de las guardias francesas, otros que se habían averiado á propósito las harinas ó que se impedía su llegada, y los que con más empeño estaban trabajando para traerlas á la capital, tenían precision de comparecer ante un pueblo ciego que los llenaba de improperios, ó les

aplaudia según las inspiraciones del momento. Sin embargo es positivo que el furor del pueblo, que generalmente ni sabe elegir ni buscar con mucha constancia sus víctimas, parecía muchas veces dirigido, ya por malvados que según se ha dicho estaban pagados para agravar los desórdenes ensangrentándolos, ó ya solamente por hombres dominados por un odio irreconciliable. Es evidente que Foulon y Berthier ¹ fueron perseguidos y arrestados lejos de París con muy segunda intencion. Nada hubo casual ni espontáneo con respecto á estos dos infelices, sino el furor de la multitud que los degolló. Era Foulon un antiguo intendente, hombre duro y codicioso que había cometido exacciones horribles y había sido uno de los ministros designados para suceder á Necker y á sus cólegas. Fué arrestado en Viry no obstante el cuidado que había tenido de hacerse pasar por muerto. Se le condujo á París precedido de la fama de haber dicho que se debía mantener al pueblo con paja y le pusieron un collar de hortigas, un manojo de cardos en la mano y un costal de paja por detras. En este estado llegó á la casa de la ciudad. En el mismo instante estaban arrestando en Compiègne á Berthier de Sauvigny, su yerno, en virtud de órdenes supuestas de la municipalidad de París, quien luego que lo supo, escribió para que le pusiesen en libertad; pero no tuvo

efecto. Fué conducido á Paris en el momento mismo en que estaba Foulon en la casa de la ciudad, espuesto al furor del populacho que queria despedazarlo; pero habiendo logrado Lafayette calmarle algun tanto, consintió en que Foulon fuese juzgado, con tal que se espidiese inmediatamente la sentencia para disfrutar sin demora el placer de la ejecucion. Habian sido elegidos como jueces algunos electores, pero bajo varios pretextos se habian escusado á tan terrible oficio. En su lugar se designó por fin á Bailly y á Lafayette, que se veian reducidos al duro extremo de contemporizar con el furor popular ó de sacrificar una victima. Sin embargo, no desesperaba todavia Lafayette de sacar algun partido á fuerza de firmeza y de astucia, dirigiendo la palabra al pueblo y calmando la irritacion de la multitud; pero el desdichado Foulon que estada sentado en una silla á su lado tuvo la imprudencia de aplaudir á sus últimas palabras, y esto bastó para que uno de los testigos digese, ¿veis como están de acuerdo? Al oír esta voz se conmueve la turba y se precipita sobre Foulon. Hizo Lafayette esfuerzos increíbles para salvarle de manos de los asesinos, pero le volvieron á arrancar de las suyas y colgaron al infeliz anciano de un farol. Le cortaron la cabeza y la pasearon por las calles de Paris clavada en una lanza. En aquel momento llegaba Berthier en un cabriolé,

custodiado por guardias y perseguido por un gentío inmenso. Pusiéronle ante sus ojos una cabeza ensangrentada sin que pudiese sospechar que era la de su suegro, y le llevaron á la casa de la ciudad, donde pronunció algunas palabras que no desmentian su valor ni disimulaban su indignacion; pero cogido de nuevo por la multitud, de quien habia logrado desprenderse por un momento, se apoderó de una arma, con la que se defendió con furor, mas pronto sucumbió como habia sucumbido el desgraciado Foulon, ambos el 22 de julio. Estos asesinatos fueron dirigidos por los enemigos particulares de Foulon, ó por los enemigos públicos y tal vez por unos y por otros, porque no se puede negar que aunque hubiese estallado espontáneamente el furor del pueblo á su aspecto, lo que es la accion de prenderles habia sido combinada. Horrorizado Lafayette de tal espectáculo, quiso hacer renuncia de su destino; pero Bailly y los miembros del ayuntamiento asustados de semejante proyecto, se opusieron con el mayor empeño, y quedó convenido en que la haria, para dar una muestra de su descontento, pero que se dejaría vencer por las instancias que infaliblemente se le harian. En efecto, le rodearon el pueblo y la milicia, ofreciéndole obedecer estrictamente sus órdenes, y con esta condicion volvió á tomar el mando y tuvo desde entonces la sa-

tisfaccion de apaciguar muchas conmociones, gracias á su energia y á la confianza de su tropa.

Entre tanto habia recibido Necker en Basilea las órdenes del rey y las instancias de la asamblea para que volviese, y es lo particular que hallándose fugitiva en aquellas inmediaciones la familia Polignac á quien habia dejado triunfante en Versalles, esta fué quien le enteró de las desgracias del trono y del nuevo favor que le aguardaba. Se puso en camino inmediatamente y atravesó la Francia, conducido en triunfo por el pueblo, á quien segun su costumbre recomendó la paz y el buen orden. El rey le recibió un poco cortado; pero la asamblea por el contrario le hizo una acogida muy lisonjera, y resolvió irse á Paris, donde se le preparaba un dia de triunfo. Tenia Necker el proyecto de solicitar de los electores el indulto y libertad para el baron de Besenval, aunque era enemigo suyo. En vano Bailly, no menos opuesto que él á las medidas de rigor, pero mas justo apreciador de las circunstancias, le hizo presente el peligro de semejante proyecto, observando que por mas que se lograra aquella gracia en un momento de entusiasmo, seria revocada el dia siguiente como ilegal, porque no está en las facultades de un cuerpo administrativo sentenciar ni indultar. No obstante eso se obstinó Necker en querer hacer prueba de su influjo en la capital, y se

presentó en el ayuntamiento el dia 30 de julio. Logró mucho mas de lo que esperaba, y al oír los aplausos de la multitud pudo considerarse en situacion de aspirar á todo. Conmovero y con los ojos bañados de lágrimas, pidió una amnistia general que le fué otorgada por aclamacion, mostrándose igualmente celosas las dos juntas de electores y de representantes de la municipalidad, decretando la primera la amnistia general, al paso que la segunda mandaba poner en libertad á Besenval. Retiróse Necker enagenado de gozo, tomando por suyos los aplausos que solo se daban á su desgracia. Pero no estaba léjos el dia en que se disipasen las ilusiones, y ya le preparaba Mirabeau un desengaño cruel. Tanto en la asamblea como en los distritos se levantó un grito general contra la sensibilidad del ministro, que aunque podia disimularse, no por eso, decian, dejaba de ser inoportuna. Pasa por averiguado que el distrito del oratorio, que fué el primero que reclamó, estaba escitado por Mirabeau; pero todos estuvieron unánimes en que no tenia un cuerpo administrativo facultades para condenar ó absolver, y asi fué revocada la providencia ilegal del ayuntamiento y continuó Besenval arrestado; que es precisamente lo que habia previsto el prudente Bailly, á quien no habia querido escuchar Necker.

En aquella época principiaban á designarse los

partidos con mayor exactitud, y conocieron aunque tarde los parlamentos, la nobleza, el clero y la corte que necesitaban obrar de acuerdo y reunir sus intereses, pues que se veían igualmente amenazados. Ya no estaban en esta última el conde de Artois ni la familia Polignac, echándose de ver en la aristocracia consternada un abatimiento que se acercaba á la desesperacion. No habiendo logrado impedir lo que ella llamaba una calamidad, deseaba ahora que el pueblo se escediese lo mas posible para volver al bien por el esceso mismo del mal. Suelen adoptar los partidos este sistema iracundo y pérfido, cuando sus pérdidas son tales que prefieren renunciar á lo poco que les queda, movidos de la esperanza de recobrarlo todo. Entró pues desde luego la aristocracia en aquel pesimismo político, y muchas veces se la vió votar con los diputados mas violentos del partido popular.

Con las circunstancias aparecen los hombres eminentes, y de los mismos peligros de la nobleza nació un defensor de ella. El jóven diputado Cazales, capitán de dragones de la reina, encontró en sí mismo una fuerza de ánimo y una facilidad de expresion inesperadas. Sencillo y natural en su language, decia con concision y propiedad todo lo que convenia decir, y es lástima que se emplease un entendimiento tan despejado en defender una causa

que no habia encontrado razon alguna que esponer en su favor hasta que fué perseguida. Tenia el clero por defensor particular al abate Maury, que era un sofista experimentado y sabia manejar los chistes con oportunidad y con gracia. Era sobre todo imperturbable y sabia resistir con energía á los gritos, y con audacia á las demostraciones.² Tales eran los recursos y disposiciones de la aristocracia.

En cuanto al ministerio, caminaba sin union y sin plan. Odiado de la corte que le toleraba á mas no poder, solo Necker tenia, no dirémos un sistema, pero á lo menos un deseo, pues siempre habia preferido la constitucion inglesa, como la mejor sin duda que pudiera adoptarse para servir de transaccion entre el pueblo, la aristocracia y el trono; pero se habia ya hecho imposible aquella constitucion, propuesta por el obispo de Langres antes del establecimiento de una asamblea única, y la habian reusado los dos primeros estamentos. No queria la alta nobleza que hubiese dos cámaras, porque esto hubiera equivalido á una transaccion; tampoco adoptaba este sistema la nobleza secundaria, porque en él no hubiera podido hacer parte de la cámara alta, y se oponia en fin el partido popular, porque resentido todavia del poder aristocrático, no le queria dejar ningun influjo. Solo algunos diputados, ya por espíritu de